Zeitschrift: Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas

Herausgeber: Collegium Romanicum (Association des romanistes suisses)

Band: 37 (2000)

Artikel: El cid campeador : la paulatina constitución de un personaje literario

Autor: Rodiek, Christoph

DOI: https://doi.org/10.5169/seals-266749

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 03.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

EL CID CAMPEADOR: LA PAULATINA CONSTITUCIÓN DE UN PERSONAJE LITERARIO

Según algunos, los hechos del Cid, aunque muy notables, no dejaron resultados perdurables[1]. Hay incluso quien dice que el insigne héroe, mostrándose insolidario con los objetivos de la política castellana, obstaculizaba la Reconquista cristiana[2]. Tales afirmaciones pertenecen al campo de la historiografía y han de relativizarse cuando se trata del personaje literario. El Cid de la literatura es un héroe brillante desde todos los puntos de vista. Con todo, ha de empezarse esta exposición con un breve resumen biográfico.

Rodrigo Díaz, el futuro «Cid Campeador», nace en Vivar, cerca de Burgos, hacia 1043. Su primera hazaña bélica la realiza en la batalla de Graus (1063), en la que Sancho, el hijo mayor de Fernando (1035-1065), respalda con éxito al rey moro de Zaragoza Al-Muqtadir, tributario de la Corona de Castilla, contra Ramiro I de Aragón. Cuando dos años después el triunfador de Graus se hace con el trono de Castilla como Sancho II el Fuerte, nombra al Cid alférez de sus tropas. En las guerras de sucesión entre los hijos de Fernando, Rodrigo presta un buen servicio a su Rey en varias batallas; no puede evitar, sin embargo, que Sancho sea asesinado en el sitio de Zamora (1072). Alfonso VI, nuevo Rey de Castilla y León, se muestra en un principio complaciente con Rodrigo: le casa con su prima Jimena Díaz (1074) e incluso le encomienda en 1079 la recaudación de unos tributos moros. En Al-Andalus, sin embargo, Rodrigo se inmiscuye en un conflicto armado entre los reyes moros de Sevilla y Granada, en el trascurso del cual vence y humilla a García Ordóñez, nuevo alférez de Castilla. Cuando

---

1 Cf., p. ej., Victor Aimé Huber, *Geschichte des Cid Ruy Diaz Campeador von Bivar,* Bremen, 1829, p. IV.

2 Cf. José Camón Aznar, «El Cid, personaje mozárabe», *Revista de estudios políticos*, 17, 1947, pp. 109-141.

el Cid, para colmo, emprende una inoportuna expedición militar contra la Toledo mora (1081), Alfonso destierra al molesto vasallo.

Rodrigo se dirige a Zaragoza y combate bajo las órdenes del rey moro Al-Mutamin. Cuando tras la reconquista de Toledo (1085) los almorávides africanos asedian tanto los reinos moros de taifa como la España cristiana, Alfonso se reconcilia temporalmente con el Cid (1087). Pero Rodrigo no se queda en Castilla y concentra sus ambiciones en la región levantina media y sur; consigue que el rey valenciano Al-Qadir, duramente asediado, se le declare tributario (1089). Cuando en este mismo año el emir almorávide Yusuf sitia Aledo, Rodrigo debería haberse adherido a la defensa de Alfonso; sin embargo el Cid «no logra reunirse» con las tropas reales y es otra vez desterrado. En 1092, Alfonso, apoyado por numerosos aliados, acomete el intento de conquistar la Valencia tributaria de Rodrigo. El Cid, establecido por entonces en Zaragoza, protesta contra tal ofensiva con una represalia: devasta las tierras de García Ordóñez en La Rioja.

Rodrigo, por su lado, no precipita nada y comienza el sitio de la ciudad del Turia únicamente cuando el bando partidario de los almorávides, dirigido por Ibn Jahhaf, se hace con el poder y asesina al rey Al-Qadir (1092). El 15 de junio de 1094, el Cid se instala victorioso en Valencia. Después de defender la ciudad – en la que a partir de ahora reside – en otras muchas batallas, Rodrigo Díaz, el Cid Campeador, muere en el verano de 1099. Tres años más tarde, Valencia cae de nuevo en poder de los moros: ni Jimena ni Alfonso, quien acude en su ayuda, pueden defenderla.

Estos hechos – contados, refundidos y recontados – forman la base de lo que se llama, hoy día, el 'esquema argumental recurrente' del Cid. Antes de mirar de cerca este término[3] aparentemente complicado, pero imprescindible queremos relacionarlo con los conceptos 'motivo' y 'argumento' para obtener una definición satisfactoria. Sabemos que es posible que varios autores traten un mismo motivo central (cf., p. ej., el motivo de la mujer adúltera en las obras tituladas *Madame Bovary, La Regenta, Ana Karenina,* etc.). También es posible que varios autores traten un mismo 'esquema argumental recurrente' (cf., p. ej., las obras tituladas *Don Juan* de Molière, Zorrilla, Torrente

[3] Utilizaremos como sinónimas las expresiones 'esquema argumental recurrente', 'argumento tradicional', 'esquema argumental', 'argumento recurrente' y 'argumento intertextual'.

Ballester, etc.). Si el 'argumento' es la narración abreviada y resumida de los elementos más importantes de un texto concreto, el 'esquema argumental recurrente' es aquel argumento que varios textos tienen en común – una especie de esqueleto narrativo. El esquema argumental recurrente pertenece, pues, al ámbito de lo intertextual y se refiere siempre a una pluralidad de textos. Cada texto individual representa una versión concreta (o sea, una configuración individualizada) del esquema argumental recurrente[4].

De hecho, el concepto 'argumento tradicional' (cf. *Stoff* en alemán y *thème* en francés) se ha utilizado a menudo de modo incoherente para caracterizar y analizar un tipo determinado de recepción literaria. Definimos, pues: por 'recepción de un argumento literario recurrente' debe entenderse que una parte o la totalidad de un esquema argumental literario preexistente se reestructura en una segunda, tercera, enésima asimilación narrativa, no sólo con respecto al contenido, sino también con respecto al tema y, finalmente, también con respecto a la perspectiva y realización lingüística. Ejemplifiquemos esta definición con ayuda de un sencillo modelo narrativo.

Con respecto al argumento de un texto narrativo, pueden distinguirse un nivel profundo del contenido ('suceso'), un nivel intermedio, donde se seleccionan y conectan determinados elementos del suceso ('historia'), y una estructura superficial ('texto de la historia'), de manera que las relaciones entre los distintos planos se definirían como de implicación o de especificación: el suceso, difuso, indefinido en fondo y forma, se especifica en el nivel intermedio de la 'historia', sobre todo por la selección de elementos y la interpretación de estos elementos. La 'historia', indiferente respecto a las técnicas de exposición y expresión (modo narrativo, estilo, etc.), se verbaliza como estructura individualizada en el nivel superior (superficie) del 'texto'. Este modelo de estratificación, en un principio estrictamente sincrónico, adquiere una dimensión histórica al aplicarlo a la diferenciación de procesos literarios de recepción. Si se integran los elementos del plano del 'texto' en una segunda obra, puede así tratarse de parodia, cita, pastiche, etc. Si se trata únicamente de un préstamo de elementos de la 'historia', se diferenciará entre imitación, adaptación, refundi-

---

4 Véase mi libro *La recepción internacional del Cid. Argumento recurrente, contexto, género,* Madrid, Gredos, 1995, cap. 2.

ción, etc. Si, por el contrario, se transmiten a otra obra sobre todo elementos del plano del 'suceso', estamos ante un proceso de recepción para cuya caracterización se suele utilizar la expresión 'esquema argumental recurrente'.

Si se equiparan los planos del 'suceso', de la 'historia' y del 'texto de la historia' con los términos de la retórica *inventio, dispositio y elocutio,* se evidencia cuán estrechas son las limitaciones a la originalidad del autor de una nueva versión del argumento tradicional. Sin duda se modifica también el suceso – sería una rara excepción una reelaboración absolutamente fiel del esquema argumental preexistente –, pero de hecho los autores recurren a un argumento tradicional con la intención de dotar de actualidad a los planos de la historia (conceptualización) y del texto (discurso) para el público contemporáneo y, por consiguiente, de elaborarlos de manera más adecuada y efectiva que en versiones anteriores. El término 'tema' parece ser idóneo para designar el respectivo contenido específico de una obra concreta, transmitido por la 'historia' y sus elementos, portadores de partículas temáticas ('átomos semánticos').

Las definiciones de 'argumento tradicional' más aceptables provienen de la pluma de Trousson y de Frenzel, quienes – partiendo de la noción de 'motivo' – diferencian entre diversos tipos del mismo. Trousson[5] define 'esquema argumental recurrente' (*thème*) como motivo individualizado:

> Le thème, cristallisation et particularisation d'un motif, est d'emblée objet littéraire, parce qu'il n'existe qu'à partir du moment où le motif s'est exprimé dans une œuvre, devenue le point de départ d'une série plus ou moins importante d'autres œuvres, le point de départ d'une tradition littéraire.

A pesar de que Trousson remite en su definición de 'argumento recurrente' a la primera configuración del mismo en la historia literaria, sin embargo no los identifica: si se definiera el sustrato argumental de una obra concreta como invariante del esquema argumental, el argumento recurrente estaría entonces aprisionado en la camisa de fuerza de un arquetipo. Semejante situación preferencial no le corresponde ni a la

---

5 Raymond Trousson, *Thèmes et mythes. Questions de méthode,* Bruxelles, Ed. de l'Université de Bruxelles, 1981, p. 25 s.

configuración más antigua del argumento tradicional, ni a la más completa en contenido, ni siquiera a la más valiosa estéticamente.

En su definición de 'esquema argumental recurrente' (*Stoff*), Frenzel[6] expresa esta teoría con más claridad aún.

> Stoff als Verbund von Motiven, Handlungseinheiten, Figuren, Zügen stellt sich mit seinem zwar nicht starren und invariablen, aber doch in Umrissen festen Handlungszusammenhang in jedem Fall als Aufgabe dar, die eine Umstellung, Variierung, Verstärkung, sogar Eliminierung von Bestandteilen zuläßt, aber eine totale Veränderung nicht erlaubt.

Esta definición evidencia que la exacta definición del contenido de un esquema argumental recurrente es, al fin y al cabo, una cuestión meramente aproximativa: si un argumento tradicional se desarrolla en varias obras particulares, se entiende por 'esquema argumental recurrente' aquellos elementos que son constitutivos de una parte que se considera como relevante – no necesariamente la mayoría – de los ejemplares textuales del argumento tradicional.

Volvamos ahora al Cid y fijémonos en el proceso de elaboración del esquema argumental recurrente. Esta expresión remite a toda la vida del héroe – ampliada ya en la Edad Media con numerosos elementos de ficción. No obstante, el argumento tradicional así concebido no se constituyó de una vez y como totalidad, sino paso a paso y en forma de varios subargumentos. Debe considerarse, por tanto, la transformación sucesiva de determinados apartados de la vida del Cid (o sea, de los 'sucesos' del futuro esquema argumental) en subargumentos[7]. Pues, por un lado, de cada uno de los diferentes estados evolutivos de los géneros literarios resulta una imagen distinta del héroe y, por otro, las filiaciones en la evolución del esquema argumental se corresponden con las de los subargumentos. Resultaría totalmente inadecuada una segmentación del esquema argumental cidiano que, sin tomar en consideración el proceso genético, se basara únicamente en la cronología aparente (reinados de Fernando, Sancho, Alfonso, etc.). Debido a la escasez de fuentes de la épica medieval española, no todos los subargumentos cidianos pueden describirse según obras cercanas a

---

6 Elisabeth Frenzel, *Vom Inhalt der Literatur. Stoff, Motiv, Thema,* Freiburg, Herder, 1980, p. 71.

7 Utilizamos como sinónimos los términos 'subargumento' y 'subconjunto de motivos'.

la configuración originaria, es decir, a la primera creación literaria del respectivo subconjunto de motivos, en cuanto a momento de formación, género, etc.

El texto medieval más significativo sobre el Cid, base constitutiva del subargumento 'Mio Cid', es el *Poema de Mio Cid* (hacia 1207); presenta a un Rodrigo Díaz cada vez más poderoso en el destierro, que conquista Valencia, que renuncia a vengarse de sus enemigos – en especial de los Infantes de Carrión – y que es rehabilitado legalmente (Cortes), hasta recobrar finalmente el favor de su rey Alfonso VI, al que siguió siempre respetando como señor.

El segundo subargumento ('Mocedades de Rodrigo') se basa en el **Cantar de Rodrigo,* compuesto hacia 1300, cuya versión conservada (siglo XIV) se llama *Crónica Rimada* por su primera parte en forma de crónica. Esta epopeya muestra a un Cid joven que mata al padre de Jimena por un hurto de ganado, que se encuentra con San Lázaro en una peregrinación a Santiago, vence en cinco batallas y llega finalmente a París con su señor, Fernando I, para aparecer – ante el Papa y el Rey francés – con impertinencias y jactancias desmedidas.

En el subargumento 'Cerco de Zamora', que trata de los conflictos hereditarios tras la muerte de Fernando (1065), el Cid desempeña un papel meramente secundario. Como se ha perdido la epopeya **Sancho II y cerco de Zamora* de mediados del siglo Xll, los motivos más importantes para el esquema argumental del Cid se conservan en forma de romances (*Afuera, afuera, Rodrigo*; *Rey don Sancho, rey don Sancho*; *En Santa Gadea de Burgos*).

Tampoco el cuarto subargumento ('Leyenda de Cardeña') se ha transmitido en su género originario, y se estudiará según la versión de la *Crónica Particular.* El núcleo narrativo de la 'Leyenda', basada en una **Estoria del Cid* compuesta en el Monasterio de San Pedro de Cardeña a mediados del siglo Xlll, es el *topos* hagiográfico de un cadáver incorrupto.

Si nos fijamos ahora en aquellos textos medievales que se pueden considerar cercanos a los puntos de partida de los cuatro subargumentos cidianos – sin fundirse con ellos –, podemos ver que historia y ficción van siempre unidas. El *Poema de Mio Cid* (*PMC*)[8] – compuesto hacia 1207 –, en el que se conforman literariamente las dos

[8] Edición utilizada: *Poema de Mio Cid.* Ed. Colin Smith, Madrid, Cátedra, 1978.

últimas décadas (1081-1099) de la vida del Campeador, comienza con el destierro del héroe y termina con el brillante triunfo de Rodrigo sobre sus adversarios. Se considera hoy día indiscutible que los elementos argumentales más importantes de la epopeya no proceden de hechos históricos. Frente a la exactitud histórica defendida por R. Menéndez Pidal[9], muchos investigadores entienden por 'historicidad épica' del *PMC* más bien la aparente (no verdadera) fidelidad histórica generada por finalidades poéticas. De todos modos, en el siguiente análisis de motivos y temas, se entiende por 'Rodrigo Díaz' la figura literaria, no el Cid histórico. Para evidenciarlo, citaremos los nombres propios de persona según la forma en español antiguo del *PMC*. La obra consta de tres partes – Menéndez Pidal[10] las titula en su edición crítica (1908-1911) como «Cantar del destierro», «Cantar de las bodas» y «Cantar de Corpes». Pero ya el breve resumen de la epopeya señala que el argumento se basa únicamente en dos motivos centrales: el destierro y la afrenta de Corpes.

Injustamente desterrado por su Rey, el Çid deja a su familia en un monasterio y marcha a tierra de moros con un grupo de leales. Tras algunas pequeñas incursiones y conquistas vienen los primeros éxitos militares, que pronto darán paso a batallas campales. El ejército del triunfante desterrado crece con rapidez; Valencia es sitiada, conquistada y defendida repetidas veces contra agresores moros. Debido al poder, la riqueza y la nueva fama, el Çid recupera finalmente el favor de su Rey, quien casa a las hijas del siempre fiel Campeador con miembros de la alta nobleza. La felicidad alcanzada no dura mucho, pues ambos yernos creen poder vengar una ofensa de honra golpeando a sus mujeres inocentes hasta dejarlas inconscientes y abandonándolas en un bosque solitario. El Çid reacciona ante todo ello con gran serenidad: se queja del agravio a su Rey, quien convoca unas Cortes y permite tras un primer debate oral resolver el litigio con lances de honor. Como era de esperar, el Çid vence y sus hijas se desposan de nuevo, esta vez con príncipes.

Este breve resumen argumental revela ya claramente en qué grado el Rey está involucrado en la creación de ambas situaciones esencial-

---

9 Cf., p. ej., Ramón Menéndez Pidal, *La España del Cid,* Madrid, Espasa Calpe, 1969[7], p. 49.

10 Ramón Menéndez Pidal, *Cantar de Mio Cid.* Texto, gramática y vocabulario, Madrid, Espasa Calpe, 1944-1946[2], vol. 1-3.

mente constitutivas de la epopeya: en primer lugar, se trata del destierro del Çid, y su consiguiente desprestigio en el ámbito político; en segundo lugar, de la afrenta de Corpes, un grave ultraje en el ámbito privado. El Rey no tiene la culpa, pero sí la responsabilidad de haber casado a Elvira y a Sol con los Infantes de Carrión. De todos modos, resulta decisivo para el conjunto de personajes y estructura argumental del *PMC* el hecho de que Rodrigo dedique al Rey todos sus triunfos y esfuerzos de rehabilitación lejos de Castilla.

Naturalmente le ha de importar al Çid recuperar poder y señorío, pero su principal meta es la reconciliación con el Rey. En realidad, el Campeador se preocupa con especial celo de que su fama se extienda por Castilla. Para granjearse la reconciliación de Alfonsso, a quien sigue considerando su Rey, Rodrigo le envía mensajes y obsequios para manifestar, por un lado, el homenaje de un caballero a su anterior señor y, por otro, para evidenciar su merecimiento de perdón.

Desde el principio, el Çid tiene muy claro que no quiere inmiscuirse en conflictos militares con Alfonsso y, por ello, da impulso decidido a sus intentos de reconciliación. La táctica del desterrado consiste en entregar al Rey valiosos botines de sus victorias con el mensaje estereotipado de: «A vos lama por señor e tienes por vuestro vasallo» (v. 1847). Alfonsso se muestra muy agradecido ante las siempre crecientes dádivas, ya que resulta provechoso para la Corona castellana contar con el Campeador, cada vez más poderoso, como aliado. Ante el primer obsequio (treinta caballos) se constata todavía que un destierro no puede revocarse simplemente «tras tres semanas» (v. 883). Sin embargo, cuando el Çid envía al Rey cien caballos y puede ya remitirse a la victoria de cinco batallas campales, Alfonsso se muestra profundamente impresionado por los méritos del Çid. La tercera dádiva, consistente en doscientos caballos y la suntuosa tienda de Yuçef, consigue finalmente la 'apertura': Alfonsso está dispuesto a perdonar solemnemente al Çid en un encuentro junto al Tajo. Con un magnífico cortejo, el desterrado regresa a su patria para rendirse ante su Rey. Cuando Alfonsso revoca públicamente el veredicto de destierro, el Çid alcanza por fin su objetivo de largos años de esfuerzos.

El concepto de 'vasallo leal' ligado al héroe del *PMC* como motivo conductor ocupa un lugar predominante en la jerarquía temática de la epopeya. El Çid insiste repetidamente en que no quiere reconocer el fin del vasallaje. De todos modos, el muy citado verso 20 del *PMC* – «¡Dios, que buen vassalo! ¡Si oviesse buen señor!» – se refiere sólo

indirectamente a la relación entre Rodrigo y Alfonsso. De hecho, como con el destierro se deshace el vínculo feudal entre el Çid y su Rey, sólo se puede hacer referencia a un «señor» futuro. Si bien Rodrigo querría haber sido un buen vasallo de Alfonsso, no sirve a ningún señor cuando entra a caballo en Burgos. El segundo hemistiquio del verso 20 puede interpretarse como construcción condicional, pero la interpretación optativa resulta aún más convincente: «¡Qué buen vasallo (era el Çid para con Alfonsso)! ¡Ojalá tenga (en el futuro también) un buen señor!». Cuando los habitantes de Burgos expresan el deseo que implica el verso 20, difícilmente pueden prever que aquel «buen señor» bajo el cual el Çid sería sin ninguna duda un buen vasallo podría coincidir con el señor anterior. De todos modos, antes del encuentro junto al Tajo el Çid es por sus cualidades físicas y morales un buen caballero, pero no se presenta como vasallo, sino como un «desterrado por su rey que prueba en el exilio la lealtad a un vasallaje que el rey no quiere mantener»[11].

Como hemos visto, Valencia tampoco es conquistada para Alfonsso, y Rodrigo se presenta más bien como señor autónomo de la costa levantina; los regalos que manda a Castilla no representan siquiera la quinta parte del botín que correspondería legalmente al señor: el Çid hace uso siempre de esa 'quinta' para sí y envía al rey sólo una pequeña parte como muestra de buena voluntad. En definitiva, Rodrigo – pese a sus afirmaciones – no se comporta ya en la práctica como vasallo y, en consecuencia, tiene que conseguir nuevamente una relación legal de vasallaje (cf. v. 2028: «Besad las manos, ca los pies no») para que el Rey pueda ofrecerle de nuevo su favor.

Los hechos de juventud del Cid, *Las Mocedades de Rodrigo,* se han transmitido en un manuscrito de la segunda mitad del siglo XIV y se consideran como adaptación[12] de una epopeya más antigua, sólo indirectamente reconstruible. El texto, de 1.164 versos, presenta rasgos del ocaso de la antigua épica española, difícilmente sostenible ante los nuevos géneros nacientes como los romances y los libros de caballerías. Característico del contenido de esta poesía épica tardía es, entre

---

[11] Nicolás Marín, «Señor y vasallo. Una cuestión disputada en el *Cantar del Cid*», *Romanische Forschungen*, 86, 1974, p. 451-461; aquí: p. 461.

[12] Utilizamos la edición de Menéndez Pidal (*Reliquias de la poesía épica española,* Madrid, Espasa Calpe, 1951, p. 257-289), quien da al texto el título *Rodrigo y el rey Fernando.*

otras cosas, el que los esquemas argumentales recurrentes ya tratados en las epopeyas más antiguas se 'completan': así, p. ej., no se mostrará al Çid en la cumbre de su poder, sino que se contará lo que puede resultar más 'interesante' de su juventud. En el caso de las *Mocedades de Rodrigo* (*MR*), tal tendencia conduce a una epopeya especialmente sensacionalista, llena de exageraciones e inverosimilitudes que no tienen ya nada que ver con la realidad biográfica del Cid.

A pesar de su poca unidad épica – la cohesión textual se ve considerablemente reducida por lagunas, variantes tergiversadas, intromisiones arbitrarias en el curso del argumento y otras negligencias del copista –, la estructura narrativa de las *MR* puede definirse con relativa facilidad: en el centro se halla el juramento del héroe de vivir con Ximena y de reconocer a Fernando como señor únicamente tras cuatro batallas victoriosas. Si se considera satisfecha esta primera promesa tras la instauración forzosa del Obispo de Palencia, puede subdividirse la epopeya en tres grandes apartados: la introducción en forma de crónica (Pasaje en prosa + vv. 1-292); el Cantar de las cinco batallas (vv. 293-745); el Cantar de la invasión de Francia (vv. 746-1164).

El conflicto entre Bivar y Gormaz se presenta de manera relativamente conherente en la versión transmitida de las *MR*. Cuando la gente del conde don Gómez roba ganado al padre de Rodrigo y hiere además a algunos pastores, sobreviene una serie de actos de revancha que finalmente conducen al desafío en batalla campal de don Gómez con sus adversarios. Sin consentimiento de su padre, el Rodrigo de doce años se adhiere a los cien luchadores y se le describe ya como héroe épico: por si no bastara con que abra la lucha y mate a don Gómez, coge además prisioneros a los dos hijos del Conde. Cuando Elvira, Aldonza y Ximena piden en Bivar la libertad de sus hermanos, el Rodrigo de doce años se conduce con la sensatez de un hombre maduro y exhorta a su padre a adoptar una actitud mesurada. También Ximena aconseja a los suyos un comportamiento prudente y se dirige a Zamora, donde espera hacer prevalecer sus derechos ante el Rey. Por su parte, Fernando, que entretanto ha conquistado también la Corona de León, se muestra reservado porque teme un alzamiento castellano en caso del castigo a Rodrigo. Con una inusitada propuesta de desagravio, Ximena consigue sin embargo soslayar todas las objeciones: «datme a Rodrigo por marido, aquel que mató a mi padre» (v. 376).

Ximena, que en la poco realista *MR* no presenta ningún rasgo personal destacable, representa la reivindicación legal de los Gómez. No

puede tratarse de motivos psicológicos, y menos de amor, todo se desenvuelve en un campo claramente material: al igual que se busca una compensación concreta para el robo de ganado, así también para la pérdida de la protección paterna. La propuesta – monstruosa desde el punto de vista actual – de casarse con el asesino del propio padre va encaminada en el mundo épico a una avenencia jurídica en absoluto escandalosa.

Cuando don Diego y su hijo son llamados a presentarse en la Corte real – sin conocer el motivo-, temen ambos que se les responsabilice de la muerte del Conde. Rodrigo, que confía en su fuerza física, no está de ninguna manera dispuesto a aceptar una condena real y exhorta al séquito de su padre a matar si fuera necesario a Fernando, para evitar así la detención de don Diego. El Rey se indigna al ver que Rodrigo llega armado a la Corte y se niega a concederle el homenaje feudal, si bien, por motivos de oportunismo político, pasa por alto la irreverencia y lo desposa con Ximena.

A pesar de su poca calidad literaria, la epopeya sobre el joven Rodrigo constituye una etapa importante en el desarrollo histórico del esquema argumental del Cid. Menéndez Pidal, para quien las *MR* son ante todo una mera yuxtaposición de lugares comunes, concede sin embargo a la epopeya un cierto mérito histórico-literario, que consiste en hacer posible que el tema del amor – extraño a la épica antigua – entre en el esquema argumental del Cid. El famoso investigador de todo lo cidiano constata, con un juego de palabras: «El autor de la refundición no estuvo afortunado; pero su tipo hizo fortuna. Fue el Cid joven grato al Romancero.»[13]

Echemos ahora un vistazo al subargumento 'Cerco de Zamora'. Cuando en 1065 muere Fernando I, se aplica la disposición más importante de su testamento político, el debido reparto de su reino entre sus hijos: los tres sucesores varones pasan a ser Reyes de Castilla (Sancho), de León (Alfonso) y de Galicia (García), mientras que a las dos hijas (Urraca y Elvira) se les adjudica el protectorado de todos los monasterios. Sobre todo el hijo mayor, Sancho, está descontento con el testamento y cuando en 1067 muere también la Reina madre estalla abiertamente la lucha hereditaria. La primera batalla (1068) entre Cas-

---

[13] Ramón Menéndez Pidal, *La epopeya castellana a través de la literatura española,* Madrid, Espasa Calpe, 1959², p. 120.

tilla y León carece de consecuencias políticas inmediatas, pero cuatro años más tarde Sancho consigue derrotar decisivamente a su hermano Alfonso en Golpejera. Tampoco Urraca, quien en Zamora organizó al resto de la resistencia leonesa, parece poder refrenar las ambiciones hegemónicas de Castilla. Pero la ciudad fortificada, resistiendo mucho más de lo esperado frente a los sitiadores, resulta funesta para Sancho: Bellido Dolfos, un caballero de Zamora, mata al ambicioso hijo de Fernando. Ante el cambio radical de la situación política, la alta nobleza castellana se ve obligada a reconocer las reivindicaciones de Alfonso al trono, quien por supuesto vuelve inmediatamente de su exilio en tierra de moros.

No se conserva una epopeya sobre los enfrentamientos bélicos entre los herederos de Fernando, pero varios investigadores españoles han intentado demostrar la existencia de un **Cantar de Sancho II y cerco de Zamora.* Es probable que ya la *Crónica Najerense* (hacia 1160) recurriera a una epopeya sobre Sancho; no sólo ciertos elementos que recuerdan el argumento de un texto poético, sino sobre todo extensas partes dialogadas apoyan esta suposición. Los compiladores de la *Primera Crónica General* ofrecen una versión tardía, notablemente ampliada y prosificada de esta 'epopeya hipotética'.

¿Y el Cid? Pues Rodrigo Díaz desempeña una función meramente secundaria en el argumento tradicional de Sancho, pero ciertos elementos del relato de Zamora son también constitutivos del argumento cidiano. Los más importantes de estos motivos se han conservado en forma de romances viejos tradicionales. Son textos famosísimos como, p. ej., *Afuera, afuera, Rodrigo*, *Rey don Sancho, rey don Sancho* o *En Santa Gadea de Burgos.*

También el subargumento 'Leyenda de Cardeña' se ha transmitido de forma indirecta y no épica. La *Estoria del Cid* es una de las fuentes poco fidedignas de la historiografía medieval castellana: una biografía 'novelesca' compuesta probablemente a mediados del siglo XIII por un monje del monasterio de San Pedro de Cardeña. El autor anónimo presenta su *Estoria* como traducción de un original árabe y nombra a un tal Ibn al-Faray como verdadero autor. Sólo la parte final de esta *Estoria del Cid,* transmitida en varias crónicas, se considera como 'Leyenda de Cardeña'[14].

---

[14] Edición utilizada: *Chronica del Famoso Cavallero Cid Ruydiez Campeador* [«Crónica particular»], Ed. Victor Aimé Huber, Marburg, Bayrhoffer, 1844.

El núcleo narrativo de la 'Leyenda de Cardeña' ('LC') es el *topos* hagiográfico de un cadáver incorrupto. En principio, el Cid quiere que le entierren en San Pedro de Cardeña y así lo dispone. El cumplimiento de esta cláusula del testamento tropieza, no obstante, con dificultades, porque justo tres días después de la muerte del héroe, datada en la *Crón. Part.* el 10 de julio de 1098, el ejército de Bucar se presenta en Valencia y rodea la ciudad con un estrecho cerco. Cuando, transcurridos nueve días más, después de sentarlo en Bavieca sirviéndose de un dispositivo de madera, intentan sacarlo de la ciudad a media noche y acometer el penoso viaje a Castilla, el Cid no parece aún estar muerto: «Quantos le veyan por el camino, cuydavan que yva vivo» (305). Ante tal situación, como se puede comprender, Ximena se resiste a encerrar a su marido en un ataúd. También el rey Alfonso, que se encuentra entre el cortejo fúnebre en Cardeña, está de acuerdo en que provisionalmente no se entierre el cadáver: el «nunca vencido cavallero Cid Ruydiez» (323), ceñida la espada Tizona y ataviado con lujosos ropajes, permanecerá sentado durante diez años junto al altar del Monasterio de San Pedro de Cardeña y atraerá a multitud de peregrinos y curiosos.

¿Cómo se explica el estado incorrupto del cadáver? Una semana antes de su muerte, el Cid comienza con un milagroso 'autoembalsamamiento': «e en todos aquellos siete dias non comió nin bevió ninguna cosa sinon Mirrha, e i Balsamo, e agua rosada» (297). Otro milagro sirve para anunciarle a Ruydiez el día de su muerte: al moribundo en cama, afligido ya desde hace siete días por visiones de muerte, se le aparece a medianoche San Pedro y le transmite una doble profecía. Morirá en treinta días y, muerto, vencerá al rey Bucar: «e esto será con ayuda del Apostol Santiago, que Dios embiará a la fazienda» (295).

Resulta evidente la función edificante de la 'LC', en cuyo centro temático está la recompensa de la fe activa: el caballero invencible es igualmente un cristiano ejemplar. Su muerte recuerda la muerte de un santo. Según el milagro más famoso de la 'LC', un judío estaba contemplando el cadáver aún incorrupto tras siete años. En especial le impresionaba la soberbia barba, no deshonrada por ninguna mano enemiga. Y de repente, se le ocurrió al judío una idea sacrílega irresistible. «Tendió la mano por travar de la barba al Cid: mas ante que llegasse él la mano a la barba, el Cid tiró la mano derecha que tenia en las cuerdas del manto, e travó en el arrial de la espada, e sacóla fuera de la

vayna quanto un palmo» (312). Cuando el judío, que del susto pierde el sentido, vuelve en sí, se bautiza con el nombre de Diego Gil y sirve desde entonces al Cid muerto. Los cristianos acogen el milagro con devoción y adoran a Dios. Y para colmo, si damos crédito al «Prohemio» de la 'LC', los milagros relacionados con el culto al Cid fueron la causa principal de que el texto se imprimiera. Para el poder de la leyenda, no obstante, existe una prueba aún más contundente. ¡A mediados del siglo XVI, Felipe II gestionará la tramitación oficial de la canonización del Cid!

Ya es tiempo de sacar algunas conclusiones de este esbozo de la paulatina elaboración de uno de los personajes más famosos de la literatura española. Podemos constatar que, a mediados del siglo XIII puede considerarse concluido el período constitutivo del esquema argumental del Cid. El proceso de jerarquización de los cuatro subconjuntos de motivos concluirá a mediados del siglo XVII. La evidente preponderancia del subargumento de las 'Mocedades' se debe a que en todos los géneros dramáticos excepto la comedia se considerará casi exclusivamente el argumento de Jimena-Rodrigo. Fuera de España, esta tendencia llevará a la obra maestra *Le Cid* (1637) de Pierre Corneille.

Con el motivo del casamiento ('amado asesino del padre') se pueden evidenciar los logros de la centralización de elementos periféricos del argumento tradicional y el aprovechamiento genérico a lo largo de los siglos. Así, p.ej., en la versión conservada de la epopeya sobre la juventud de Rodrigo (*Crónica Rimada*), el motivo se crea como elemento subordinado cuya función es la provocación y ofensa del Rey por parte de Rodrigo. Se trata exclusivamente de la glorificación exaltada del joven héroe. El episodio carece de fundamento histórico, y el motivo sensacionalista de que la hija del oponente, matado por el héroe, desee casarse con el 'asesino del padre' se debe más bien a reminiscencias literarias que al derecho medieval: probablemente no existió nunca el supuesto «fuero del homicidio», cuyas disposiciones concretas enumera Fernández y González en su novela *Cid Rodrigo de Bivar* (1875). Para el poeta épico, sin embargo, el 'hecho' digno de ser narrado no es el casamiento de la hija sino la hazaña bélica de haber vencido a su padre.

En las crónicas y los romances tampoco se tematizan los sentimientos de Jimena, de manera que la sustancia poética del motivo sigue latente; con ello, se ha de rechazar la hipótesis de una ampliación

funcional 'automática' a través de los siglos. La transformación decisiva viene de fuera del argumento cidiano: Guillén de Castro combina en su comedia[15] el motivo heroico de las 'Mocedades' con el tema cortesano 'venganza-amor' de la tradición de Amadís, y potencia al mismo tiempo las posibilidades evolutivas mediante el diálogo dramático. Con ingeniosos diálogos y monólogos antitéticos, Corneille lleva hasta el extremo el conflicto 'amor-honor' acompañando el motivo con la temática política de 'acortesamiento del guerrero' (debate sobre el duelo).

En *Le Cid,* el motivo del 'amado asesino del padre' acaba siendo el elemento central del subargumento de las 'Mocedades', e incluso del esquema argumental conjunto. Mientras que Castro sigue utilizando el motivo para la glorificación del guerrero feudal, en Corneille, Chimène se convierte en la protagonista indiscutible de la pieza. Podemos decir que en la versión corneilliana, el subargumento ha alcanzado algo así como un 'estado óptimo'. No obstante, la Jimena del siglo XX, personificada por Sophia Loren, supera quizás a la protagonista de Corneille. En la película *El Cid* (1961) se ha seguido desarrollando el motivo de la boda desde la perspectiva cinematográfica. Los guionistas de Anthony Mann han logrado acercar el comportamiento extremo de la protagonista a la sensibilidad de la época actual: es verdad que Jimena se casa con Rodrigo por orden del rey, pero justo antes de la noche de bodas se retira a un convento y sólo se declara partidaria de Rodrigo una vez que éste marcha al destierro: solitario, como un penitente. En la película, el conflicto de Jimena no se soluciona argumentando en diálogos, sino mediante una serie de tomas muy largas que alternan como contrapunto de calma y reflexión con las agitadas imágenes de la acción del subargumento 'Mio Cid'. Sin duda alguna, la versión de A. Mann ha procurado a los personajes literarios Rodrigo y Jimena un grado de fama único en la historia de la recepción del argumento tradicional cidiano.

Christoph RODIEK
Universidad de Dresde

[15] *Las mocedades del Cid* (1618).